

CASTILLO-PUCHE Y EL LEGADO BAROJIANO

M^a ÁNGELES MORAGUES CHAZARRA
Doctora en Filología Hispánica

RESUMEN:

El presente trabajo analiza la relación literaria entre el escritor vasco, Pío Baroja, y el murciano José Luis Castillo-Puche, así como la influencia del primero en el segundo.

PALABRAS CLAVE:

Pío Baroja, José Luis Castillo-Puche.

ABSTRACT:

The current article analyzes the literary relationship between the vasque writer Pío Baroja and the murcian writer José Luis Castillo-Puche, as well as the influence of the first writer on the second one.

KEYWORDS:

Pío Baroja, José Luis Castillo-Puche.

De entre los muchos escritores murcianos que engrosan la dilatada nómina de coetáneos y posteriores a Don Pío Baroja, tan sólo unos pocos fueron receptivos a su magisterio escritural y recibieron su carisma e influencia en sus escritos dentro de los límites de la región de Murcia. Cabe citar, amén de otros muchos, dos casos emblemáticos por antonomasia, el escritor oriundo de Puebla de Soto, José López Almagro y el prestigioso yeclano, aunque de fama universal, José Luis Castillo-Puche. En este último centramos el interés de esta disertación escrita.

La llegada del yeclano a la capital madrileña marca el inicio de una amistad basada en la admiración del joven José Luis hacia el viejo maestro. Al primero le fascinó la independencia, la tenacidad, la libertad de espíritu, la anarquía de pensamiento de quien siempre se mostraba contra todo.

Una sintonía, en suma, que venía determinada de antemano menos por razones literarias que por afinidad de idiosincrasias. El mismo Castillo-Puche testimonia acerca de esta relación y advierte que «nunca recibí influencia literaria de Baroja porque mi estilo fue siempre más visceral. Admiraba su escritura, su estilo, distinto al mío, basado simplemente en la acertada y concisa selección de las palabras».¹ La

¹ José Belmonte Serrano, *Visiones y apariciones de un escritor: José Luis Castillo-Puche*, Murcia, Nausicaä, 2000.

rebeldía total, la honradez y la disciplina manifiesta del gran maestro, entendidas como aspectos inseparables de una actitud vital, ejercieron un influjo considerable sobre el espíritu del autor murciano y una inclinación hacia esa peculiar tendencia de mirar andadura vital. No opina de igual modo Martínez del Portal² para quien el acercamiento a Baroja «supone el estilo directo, el juicio tajante, la palabra dura que doblemente fustiga, que acentúa el tono agrio de lo denostado».

No obstante, para justificar esta ponencia escrita habría que comenzar ahondando en las raíces intelectuales de Baroja, y en su andadura literaria, en ambas encontraríamos, sin duda alguna, ese excentrismo tan personal, casi nato, característico de su ego y proyectado en sus incontables páginas literarias. Un excentrismo que no se reduce de manera unitaria a muchas de sus criaturas ficcionales, ni siquiera a los pensamientos que difunden, también en los lugares y paisajes barojianos, donde aparecen situadas estas criaturas, se enarbola la bandera excéntrica, y aún más allá, en ese estilo que pendula entre la ironía y el humor, ahí se registra bastante dosis de alejamiento de lo común. Estos constituyen los items más descolantes que, en conjunto, traspasan las fronteras propias del autor vasco para sentar cátedra en otros «discípulos», del mapa nacional, en general, y del murciano, en particular. Sin embargo, a estas características cabría adjuntar otra, muy afín a ellas, y que no es sino el talante existencialista irradiado por los personajes de estos dos narradores. Es cierto que tal peculiaridad ha llevado a algunos críticos y estudiosos de la literatura a hablar de Realismo. Santiago Delgado apunta acertadamente en su monografía *Literatura en la Región de Murcia*³ «el desamparo vital de quien no tiene asideros espirituales para luchar contra la dura adversidad», referido a propósito del existencialismo patente en las criaturas de Castillo-Puche...

Baroja, ya en una de sus primeras novelas que data de principios del siglo XX (1901), *Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox* establece el canon del individuo extraño, cuyas actitudes y formas de conducta social son tangenciales a la gran mayoría. Nos estamos refiriendo a Macbeth y su mujer, dos ladrones, a raíz de los cuales Baroja califica a esta estirpe como (cito textualmente de la novela) «las únicas personas buenas y caritativas del mundo» frente a esos otros personajes –tra-suntos siempre de una realidad auténtica– que se autodefinen como honrados y de fama intachable. Este juego sirve al autor para, por lo menos, apelar a la conciencia de los lectores e instarles a reconsiderar el sector del hampa, al mismo tiempo que deja constancia, a la manera cervantina, de su atención hacia los más desvalidos

² María Martínez del Portal, «Una realidad literaria: la Hécula de Castillo-Puche» *Estudios sobre José Luis Castillo-Puche*, Murcia, Academia Alfonso X el Sabio, 1989.

³ Santiago Delgado, *Literatura en la Región de Murcia*, Murcia, Editora Regional de Murcia, 1998. pág. 177.

generalmente infravalorados. No será esta la única reminiscencia que de Cervantes hayan recogido los escritores aquí tratados. Lo iremos viendo en las próximas líneas.

En la siguiente de sus novelas, *Camino de perfección* (1902), vuelve a dibujar Baroja en su protagonista, Fernando Ossorio, una personalidad psicológicamente contraria al ámbito donde se desenvuelve su vida cotidiana, Yécora –ciudad que no es otra que Yecla– de la que dice estar envuelta en un misticismo rígido y formalista favorecida por el colegio de escolapios enclavado allí, del que dice Ossorio por boca de Baroja que –vuelvo a citar textualmente– «contribuyen con su educación a embrutecer el pueblo», un pueblo al que este protagonista se siente ajeno y oprimido por él, necesita huir y efectivamente lo hace hasta llegar a encontrarse con un alemán llamado Schultzer, en quien el trasunto real de este personaje, esto es, Baroja, proyecta por vez primera sus lecturas propiamente noventayochistas sobre Nietzsche a favor de la afirmación de la vida y como abrevadero para salir de la realidad social de la España que le tocó vivir, retratada en Yécora y materializada también en la Hécula de toda la novelística de Castillo-Puche.

Once años después en la obra barojiana más emblemática por antonomasia, *El árbol de la ciencia*, su personaje crucial, Andrés Hurtado, encarna de nuevo ese perfil excéntrico, al margen de la realidad, y justificado por sus ansias de búsqueda, por el ímpetu de expansión que requiere su personalidad. Un médico seguidor de Schopenhauer y de la vertiente filosófica positivista y progresiva de la vida y sin embargo, sumergido en un hábitat anquilosado, bárbaro, cruel y hasta fanático. ¡Qué paradójico!

Con esto llegamos a la afirmación de que los pueblos y ciudades vienen a ser microcosmos bastante obtusos para estos héroes de la vida, luchadores de pro y, aunque seres de papel, modelos con equivalencia real. Tanto los de Baroja como, por similitud, los de López Almagro y los de Castillo-Puche están restringidos por los emplazamientos físicos donde acontece su andadura vital, áreas que constituyen un espejo del conjunto geográfico que era España. Asimismo, las zonas locales donde estos dos escritores que nos ocupan ubican a sus personajes reflejan las estrecheces de un país que encierra a sus habitantes, desconocedores de lo existente más allá de las fronteras donde habitan. En el caso de *Colasín* la novela adopta visos costumbristas y como tal puede ser calificada, sin embargo, debemos mirar más lejos para detectar que la huerta no aparece como una naturaleza amena ni símbolo de paraíso sino un medio de supervivencia con sus arduas labores de subsistencia.

El ambiente familiar del protagonista, donde reina la incomunicación entre sus integrantes y, por ende, la soledad colectiva, condicionan la personalidad del chico, quien ahogado por ese entorno, igual que le ocurría al Andrés Hurtado de Baroja, busca una salida, una orientación provechosa a su vida en la que desarrollar su yo y realizarse como persona. Unas palabras recogidas del capítulo décimo de *Cola-*

sín sintetizan este anhelo: «El hombre es, por excelencia, un animal descontento, inquieto, que tiene el presentimiento de una vida mejor y a conseguirla dirige la mayor parte de sus esfuerzos».

El mundo huertano de su infancia está envuelto en una recurrencia de acciones típicas de la huerta como regadíos, recolecciones hortofrutícolas y otras, en suma, un ambiente monótono, ciertamente parsimonioso, en el que palabras como miseria, insatisfacción e incluso, fatalidad, pueblan la pintura regional de *Colasín*. Aspecto éste que bien patente queda en expresiones no exentas de un halo de sentencia como esta: «El huertano hace de su vida un perenne holocausto en el altar de su huerta».

La idea de cambio late a lo largo de toda la novela, apreciándose no sólo en capítulos completos como el veintiuno sino en puntuales y detalladas expresiones, sin ir más lejos la exclamación con la que se cierra el libro, «¡Yo romperé la costra!» confirma de manera categórica el afán individual de superación por parte de Colasín, impulsado, primordialmente, por ese largo y dilatado proceso de incultura vivido. El autor, José Almagro, como buen continuador de las tesis noventayochistas, heredero de lo que fuera la Institución Libre de Enseñanza y defensor de la educación como medio para redimir las masas, clausura esta su novela ratificando el lema regeneracionista de la cultura como instrumento de la superación personal.

Pero no es únicamente en el joven protagonista Colasín en quien se aventura la opresión procedente de la no cultura, su más inmediato predecesor, su padre, aún alza más esta enseña con una abismal diferencia, la ausencia de superación. Su talante adusto, receloso y arisco, constituye la viva personificación de la brutalidad, producto de la vivencia en una huerta deficitaria de modales y civilización, aunque rica, por el contrario, en chismorreos y supersticiones.

El tío Mohíno, apodo que recibe el padre de Colasín, es, además, un personaje bastante despótico que trae a la memoria al padre del protagonista de *El árbol de la ciencia* de Baroja, trazados ambos con un pensamiento similar e influidos por los espacios geográficos, así, a las casas de huerta dedica López Almagro mucha atención, habla de sus típicas distribuciones a modo de barracas, aunque lo más relevante sean comparaciones tan explícitas como cotejarlas con «antros y prisiones», de lo que se colige la oscuridad y lobreguez del lugar, (recuérdese a tal efecto también *El Lazarillo*). Un espacio que traduce sentimientos de tristeza propia y desconfianza hacia los demás, frialdad humana, en definitiva.

Pero no es únicamente la casa en sentido genérico, en *Colasín* la escuela también y, paradójicamente a lo que cabría pensar, ejerce un influjo negativo en la formación personal y académica del pupilo, y en este aspecto viene a colación el

recuerdo de aquella descripción realizada por Baroja de la Facultad de Medicina a la que llega Hurtado y la depresión que le ocasiona.

En *Colasín* ya desde la más tierna infancia hace constar el autor que ni siquiera en los centros destinados a la íntegra constructividad del individuo se inculcan valores. La escuela retratada por López Almagro hace gala de un sistema de docencia obsoleta y estancada con el objetivo prioritario y, casi único, de imponer disciplina pero sin preocupación por el magisterio conceptual y, mucho menos, por el desarrollo de la creatividad. No en vano López Almagro fue maestro y teórico de la aplicación de la didáctica, y de ello da cumplida cuenta en sus escritos ensayísticos entre los que destaca en *La educación del porvenir*. El mismo autor, como contrapartida, por cierto bastante didáctica en aquellos tiempos de rudeza, proclama la enseñanza a través de un método en el que se aúna la música y la palabra, esto es, la canción. Un ejercicio que insufla al relato aires renovadores amén de una consecuente recopilación de no pocas canciones transcritas por completo en su gran mayoría.

Y aunque estas cancioncillas encierran en sus entresijos musicales no pocas verdades, la evolución anquilosada pero activamente mental de Colasín continúa como un extraño ser, estrambótico en medio de la más absoluta mediocridad e inmerso en ese suburbio perjudicial para las inquietudes de progreso que es la huerta. Colasín, como sus personajes antecesores salidos de la pluma de Baroja, sabe a dónde quiere ir, cuál es su propósito en la vida y lucha con ansias de superación como a nadie se le ocurría viviendo en el seno de una productiva huerta que amamanta como una madre fértil. Colasín llega a decir en las últimas páginas reflexiones tan al estilo excéntrico del escritor vasco: «¿Qué busco? Tu vida, madre mía, y el camino de la mía que no acierto a encontrar en esta tiniebla que nos envuelve. ¿Qué quiero? La luz de tu espíritu para que sea faro en las tempestades y torturas de este pobre espíritu mío. Hay algo fuera de nosotros y superior a nosotros mismos que es lo que te mata, lo que me aprieta a mí también como un dogal, amenazando aniquilarme».

En los casos de Baroja y Castillo-Puche, ambos dibujaron unos personajes evolutivos con metas establecidas, dominados por inquietudes que propiciaban su salida de entornos ahogados, llámense con el topónimo local o nacional. Crearon protagonistas buscadores de la comunicación, fugitivos de la soledad, incluso de la colectiva, seres descontentos pero intuitivos de un porvenir provechoso hacia el que dirigen todos sus esfuerzos.

Pero del novelista murciano y de su novelística se han editado, y se editarán, muchos volúmenes acerca de sus coordenadas constantes. El presente artículo quiere ahondar en sendas novelas que, quizá, por su brevedad o liviandad temática o por estar destinadas al público lector infantil y/o juvenil, no han sido pasto de

la crítica especializada en demasía. Me estoy refiriendo a *El perro loco*⁴ concretamente aparecida en 1965 y *El pequeño mundo de Pascualico*⁵, fechada en 1989.

En *El perro loco*, novela breve y de sino juvenil, ambientada en la Guerra Civil española, con una familia tildada de derechas y un perro, representación viva de lo que la familia pensaba y sentía, prolonga Castillo-Puche el elemento errante procedente del maestro Baroja. Las idas y venidas al pueblo de Hécúla a las que se ve obligada la familia a raíz de las elecciones de 1931 marcan la movilidad de la novela.

Pepico, el niño protagonista, junto a Lili, la perra, más protagonista que el anterior, ostentan la esencia del discurso. En Pepico, debatiéndose entre la infancia y la pubertad, empiezan a atisbarse ciertas aspiraciones personales por transformarse, por llegar a convertirse en un ser formado en todas sus dimensiones, sobre todo en pensamientos consistentes. Conoce el nacimiento del amor, mejor habría que decir, de la atracción física hacia una chica mayor que él y vive de cerca la muerte. Amor físico y muerte terrena, dos grandes bastiones fundamentales de los narradores de ascendencia barojiana. Pepico, refugiado en el cuidado de su perro, pasea por entre el fragor de la guerra, ajeno a la catástrofe que se cierne sobre la ciudad de Murcia, y amparado en su inocencia pero con la intuición de lo innecesario de ese acto bélico y con la intención de ser alguien en la vida para evitar semejantes acontecimientos.

En el segundo título encontramos una narración amena y sencilla que presenta a dos personajes, Pascualico y Luisito, enmarcados en un lugar innominado, observamos de nuevo el rasgo cervantino, que coarta sus desarrollos vitales y condiciona sus actuaciones. Luisito, pese a ser el coprotagonista es, quizá, quien más valor filosófico arroja a la novela. El propio diminutivo de su nombre anticipa su trágico final así como sus comportamientos y pensamientos que distan mucho del común de los adolescentes de su edad. Se siente limitado, se automargina y aísla rozando incluso la neurosis, y en este sentido se ajusta muy bien a las palabras mencionadas por Sacha en la novela de Baroja *El mundo es así*, -cito textualmente- «permaneciendo al margen, el neurótico puede entregarse a una crisis permanente». Con toda seguridad Luisito busca con esta actuación su acercamiento a Pascualico. Estamos, pues, ante los dos diseños barojianos de «el hombre de acción» y «el hombre de abstención», pero nunca indiferentes, pues tal como sentencia Baroja en su *Vidas sombrías*, «la indiferencia es el ideal del vago». Además se trata claramente de una estrategia auto-

⁴ José Luis Castillo-Puche, *El perro loco*, Madrid, Editorial S.M, Colección «El Barco de Vapor», 1980. Esta edición aparece ampliada con cincuenta páginas más que las que tenía la de 1965 y es la versión que en 2010 ha editado la Fundación que lleva el nombre del escritor.

⁵ José Luis Castillo-Puche, *El pequeño mundo de Pascualico*, edición de Jaime García Padrino y José Belmonte Serrano, Murcia, Nausicaä, colección «Cuentos de Papel», 2001.

rial para armonizar contrarios, tan practicada por el maestro Baroja y ahora retomada por el yeclano. Del mismo modo, este personaje, tierno e inteligente a la vez, sigue la ley básica del universo, la limitación, palabra predilecta de Baroja.

Tampoco faltan en esta novelita, que no por sencilla poco interesante, la gente urbana, materialista y oportunista de raigambre tan barojiana, como los charlatanes y farsantes, trasladados en los personajes de los dos mendigos: Paquito el Santo, «un loco pacífico y bondadoso» igual que su compañero, Ramón el Loco, ambos, cara y envés de una sociedad devota. El primero vivía de sus equivocados y alterados recitales místicos y adulaciones a la clase social dadivosa, el segundo, favorecía en sus peroratas la revolución social y del mismo modo sobrevivía con sus amables dichos. En esencia, dos golfos oportunos que responden al patrón de muchos personajes masculinos barojianos, pero que también derrochan nobleza de espíritu y bondad. Son dos excéntricos en tanto ejercen sus facultades innatas en la zona marginal de la sociedad, la mendicidad, pues, es bien sabido que a Castillo-Puche siempre le preocuparon los seres más desfavorecidos, vuelve de nuevo el eco cervantino, aunque, quizá, habría que decir quijotesco.

No puedo dejar de citar la novela iniciática de Castillo-Puche que supone el primer tributo del discípulo al profesor, *Memorias íntimas de Avinareta o anual del conspirador (Réplica a Baroja)*, de 1952, donde investiga y delibera sobre cuestiones estilísticas en Baroja así como sobre el concepto de novela. Los profesores Francisco Javier Díez de Revenga y Mariano De Paco⁶ se refieren a ella como «muestra de una fidelidad permanente hacia el gran novelista vasco». Libro que facilitará el trayecto para que, tras la censura, la obra titulada *Sin camino* vea la luz en Argentina, merced a una recomendación de Baroja a la directora de la editorial Sur, si bien la publicación definitiva no tuvo como brazo ejecutor a D. Pío. En una entrevista concedida por Castillo-Puche al profesor universitario Juan Francisco Maura, el escritor reconoce que en esa obra presenta «algunos de los documentos más importantes que Baroja no pudo ni tuvo la suerte de encontrar». Y en ello ve el propio Castillo-Puche el detonante más importante que impulsó la imaginación y la invención barojianas, ya de por sí prodigiosas. La falta de documentación potencia la idealización y recreación del personaje central, Avinareta, así como de las situaciones contadas.

Aún quedarían otras convergencias entre estos dos colosos de la literatura, Baroja y Castillo-Puche por subrayar, tales como el hondo tono pesimista que barniza sus creaciones, y el humor que subyace en ellas, un humor que no ha de estar relacionado con la risa fácil sino con el humor sobrio.

⁶ Francisco Javier Díez de Revenga-Mariano de Paco, *Historia de la literatura murciana*, Murcia, Editora Regional, Academia Alfonso X el Sabio, Universidad de Murcia, 1989, pág. 531.

Pero el influjo barojiano va más allá de la creación novelística, se expande también al estudio ensayístico. Así, un título perteneciente al catálogo de Castillo-Puche, *Azorín y Baroja. Dos maestros del 98* confirma la aproximación sentida hacia estos dos grandes innovadores de la novelística de principios del siglo XX de quienes realiza el autor un profundo estudio así como una serie de reflexiones valorativas. No pasa por alto el entrañable sentimiento de recuerdo que destilan las palabras de Castillo-Puche cuando se refiere a estos dos contertulios suyos de tiempos pasados.

Un detalle de notoria importancia es el tratado en la parte dedicada a Baroja, «Lozanía y modernidad de la novela barojiana» donde Castillo-Puche aborda el existencialismo del vasco tan afín al suyo.

También requiere especial atención el realismo de carisma barojiano, otro de los hitos mejor recibidos por Castillo-Puche como herencia narrativa. Los dos comparten la misma concepción y el mismo entendimiento del asunto, ambos saben que el arte narrativo contiene la vida misma, su esencia y que el espíritu de las cosas se refleja en el espíritu del hombre. Y en varias de sus novelas la realidad que plasman también tiene en cuenta la psicología y la circunstancia personal de sus personajes. Ahora bien, esta postura realista no debe ser entendida como una fiel imitación, una mimética, de la realidad, porque en ese factor realismo intervienen, al menos, el temperamento y la consciencia creativos del escritor.

Asimismo, la lectura atenta y pausada de las novelas de Baroja y Castillo-Puche destila, las más de las veces, unas tonalidades repletas de un tipo de melancolía que adentra a los lectores en un pasado casi siempre refrendado por un léxico de palabras rescatadas que a los lectores actuales pueden incluso parecerles arcaicas aunque en ellas, ciertamente, se encuentra el poso de un tiempo y su historia. Pero no por ello el lenguaje resulta dificultoso, todo lo contrario, las aclaraciones coloquiales facilitan al lector (también al de hoy) un mejor acercamiento al argumento relatado. En la misma línea tonal destaca la ternura. Personajes adolescentes (Luisico y Pascualico), animales (Lilí de *El perro loco*) y, el propio discurso narrativo albergan este generoso sentimiento salido de una de los más egregios estiletes de la narrativa hispánica. En estrecha relación con los personajes de corta edad e inmersos en un proceso de enseñanza-aprendizaje es significativa la coincidencia existente entre ambos escritores. Tanto Castillo-Puche como Baroja conciben la educación desde un ángulo abierto, como progreso necesario para salir del oscurantismo de la sociedad donde localizan sus argumentos. Tal es así que en la prosa de Castillo-Puche, tan elaborada, se aprecian referencias tanto testimoniales como biográficas. Y es entonces cuando aparece el factor memoria, a través del cual trae a la actualidad aquél pasado ante el que se enfrenta, sin venganzas, sino con la certeza de que con la educación es posible

la liberación del hombre de esa sociedad opresora que tiende a deformar a los individuos y a restarles su valía personal.

Ya inmersos en el terreno de la teoría literaria es imprescindible señalar que el murciano del altiplano de la región compartía con el vasco la misma, o al menos, parecida concepción sobre qué era o debía ser la novela. Según escribió en *En torno a mis novelas* el propio Castillo-Puche «la novela debe ser un saco donde entran conciencias y conductas, juicios y sentimientos, análisis y valoraciones, fracasos y dudas, pavores y desconciertos, en una palabra, desnudez, complejidad y profundidad humana». Acerca del oficio del narrador el propio Castillo-Puche afirma que «lo importante es que la novela sea una marcha sin retroceso hacia lo más profundo del conocimiento de uno mismo y de los otros, una peregrinación hacia el insondable fondo oscuro y confuso de nuestro ser para arrancar pequeñas chispas de ese abismo donde anidan la duda, la indecisión, el pavor y la angustia de ser».

Ante todo lo expuesto sólo nos queda resucitar la memoria narrativa de Baroja y la impronta sembrada en su heredero murciano. Ambos nos han legado la mejor donación que pudieran habernos hecho a los investigadores y lectores, la lección de que lo excéntrico es también una forma de inteligencia y su espíritu disperso en sus obras literarias.⁷

Bibliografía

Belmonte Serrano, José, «Voces y ecos de una futura generación», *Monteagudo*, 3ª época, 7, Murcia, 2002, págs. 31-43.

---, *La hora crítica*. Ediciones Tres Fronteras, Murcia, 2008.

---, «Baroja y José Luis Castillo-Puche: un entendimiento mutuo», *Homenaje a Juan García Abellán*, Academia Alfonso X el Sabio, Murcia, 1991, págs. 39-44.

Bernaldez, José María, «El momento literario de Castillo-Puche», *El País*, Madrid, 28 de diciembre de 1977.

Castillo Gallego, Rubén, «Anatomía de Castillo-Puche», *Monteagudo*, 3ª época, 6, Murcia, 2001, págs. 149-150.

---, «Lecturas de José Luis Castillo-Puche» en *La voz de los otros*, Universidad de Murcia, 2006, págs. 81-93.

Castillo-Puche, José Luis, «El oficio del narrador», *La novela*, edición de Victorino Polo García. Murcia, Universidad de Murcia, 1987, págs. 71-82.

⁷ Ponencia presentada en el Curso «La novela española contemporánea: su didáctica (Homenaje a José Luis Castillo-Puche)», Universidad de Murcia. Universidad Internacional del Mar, Yecla, septiembre, 2007.

Cifo González, Manuel: «Un modelo de lealtades» *Ababol, La Verdad*, Murcia, 2011.

Díez de Revenga, Francisco Javier, «Castillo-Puche en la narrativa del medio siglo», *Estudios sobre José Luis Castillo-Puche*, Academia Alfonso X el Sabio, Murcia, 1989, págs. 141-164.

García Jiménez, Juan E., «Entrevista a Castillo-Puche», *La Verdad*, 24 de septiembre de 1980.

Hécula, revista de la Fundación Castillo-Puche. Enero- junio, Murcia, 2010.

Maura Juan, F., «Entrevista a José Luis Castillo-Puche», *Espéculo*, 29, Madrid, 1978.